

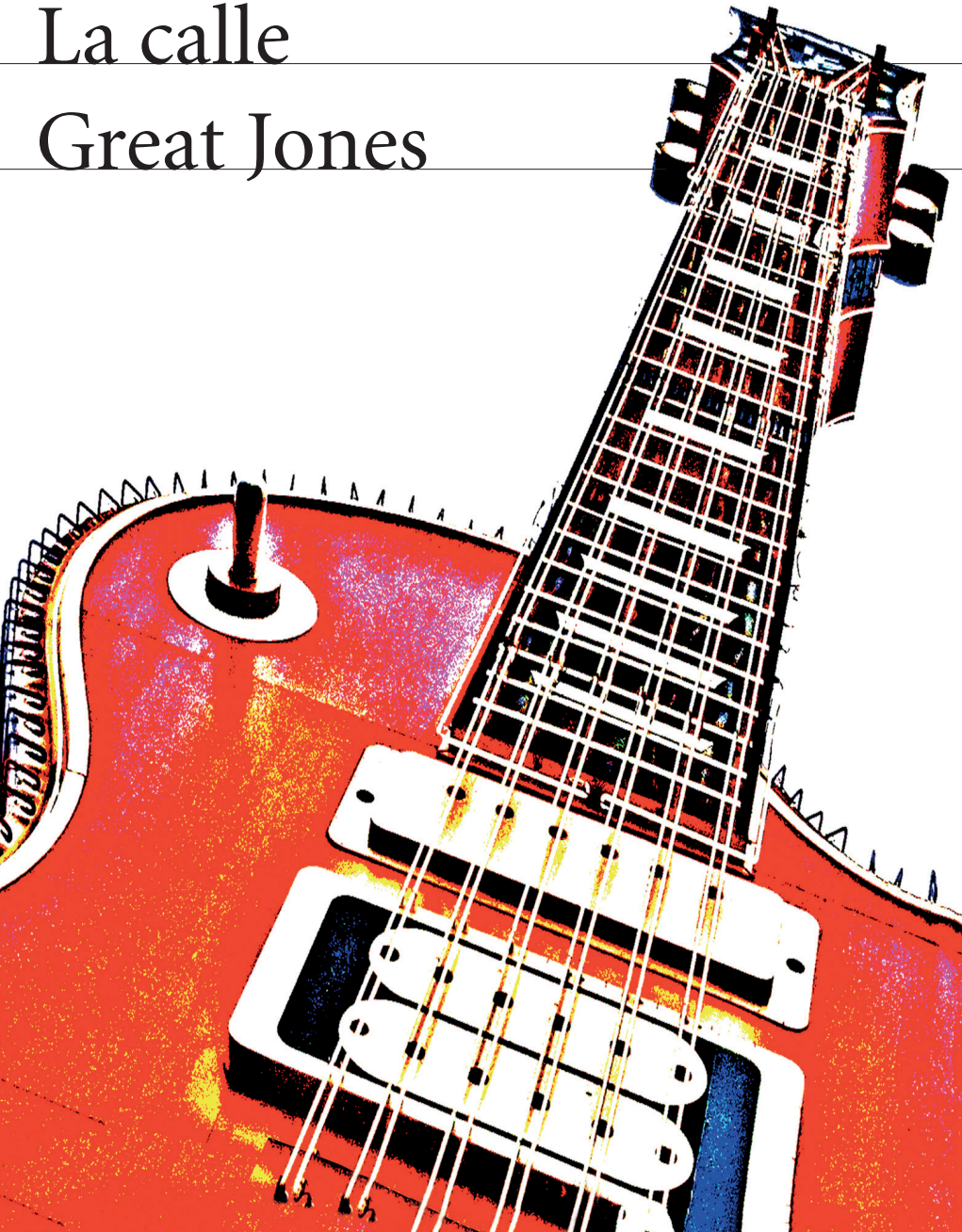
Seix Barral Biblioteca Formentor



**Don DeLillo**

La calle

Great Jones



Seix Barral Biblioteca Formentor



---

# Don DeLillo

## La calle Great Jones

Traducción del inglés por  
Javier Calvo

---

## 1

La fama requiere toda clase de excesos. Me refiero a la fama de verdad, a un neón que te devora, no a ese renombre sombrío de los estadistas en declive o de los reyes timoratos. Me refiero a los largos viajes por el espacio gris. Me refiero al peligro, al borde mismo del vacío, a la circunstancia de un hombre que les infunde un terror erótico a los sueños de la república. Entiendan al hombre obligado a habitar esas regiones extremas, monstruoso y vulvar, humedecido por los recuerdos de la violación. Por mucho que esté medio loco, lo absorberá la locura total del público; por mucho que sea plenamente racional, un burócrata en el infierno, un genio secreto de la supervivencia, está claro que lo destruirá el desprecio que el público siente hacia los supervivientes. La fama, al menos esta modalidad especial, se alimenta del escándalo, de lo que los asesores de hombres de menos valía considerarían publicidad negativa: histeria a bordo de limusinas, peleas a navajazos entre el público, litigios grotescos, traiciones, pandemonio y drogas. Tal vez la única ley natural que se aplica a la fama verdadera es que el famoso se acaba viendo forzado a suicidarse.

---

(¿Queda claro que yo era un héroe del rock and roll?)

Hacia el final de la última gira fue evidente que nuestro público quería algo más que música, algo más incluso que su propio ruido reduplicado. Es posible que la cultura haya alcanzado su límite, un punto de tensión elevada. Durante aquellas últimas semanas se notaba un grado menor de abandono visceral. Pocos casos de incendios premeditados y vandalismo. Y todavía menos de violaciones. No había bombas de humo ni amenazas de explosivos peores. A nuestros seguidores, aislados como estaban, ya no les importaban los precedentes. Se habían liberado de los viejos santos y mártires, pero lo habían hecho con miedo y se habían quedado con su propia carne sin etiquetar. Aquellos que no tenían entradas ya no asaltaban las vallas, y durante las actuaciones, los chicos y chicas que estaban justo debajo de nosotros mostraban un amor menos asesino hacia mí, como si se dieran cuenta por fin de que mi muerte, para ser auténtica, tenía que ser autoinfligida, una lección a tener en cuenta únicamente si se producía por mi propia mano y preferiblemente en una ciudad extranjera. Empecé a pensar que su educación no se vería completa hasta que me rebasaran como maestro, hasta que un día se limitaran a hacer una pantomima de la clase de respuesta masiva que el grupo estaba acostumbrado a recibir. Mientras nosotros tocábamos, ellos saltaban, bailaban, se desplomaban, se agarraban entre ellos y agitaban los brazos, y todo lo hacían sin emitir ruido alguno. Nosotros estábamos en el foso incandescente de un estadio gigantesco lleno de oleadas salvajes de cuerpos, todos en silencio total. Nuestra música reciente, despojada de los gritos de la gente, carecía prácticamente de significado, y no nos habría quedado más opción que dejar de tocar. Habría sido una broma de lo más profunda. Una lección de alguna cosa u otra.

---

En Houston dejé al grupo, sin decir palabra, y me subí en un avión rumbo a Nueva York, ese templo contaminado, el lugar donde nació. Sabía que Azarian asumiría el liderazgo de la banda, puesto que era el que tenía el cuerpo más hermoso. En cuanto al resto, los dejé con sus tumultos respectivos: equipos informativos, encargados de promoción, agentes, contables y miembros diversos de la nobleza del mundo de los mánagers. El público sería el que más se acercaría a entender mi desaparición. No era tan completa como el acto que ellos necesitaban y nadie podía estar seguro de si me había marchado para siempre. Para mis seguidores más cercanos, lo único que presagiaba era un periodo de espera. O bien yo volvería con un idioma nuevo para que ellos lo hablaran o bien ellos buscarían un silencio divino que acompañara al mío.

Tomé un taxi que me llevó entre los cementerios en dirección a Manhattan, donde las mareas de luz cenicienta rompían contra las cimas de las torres. Nueva York parecía más antigua que las ciudades de Europa, un regalo sádico del siglo XVI, siempre al borde de la peste. El taxista era joven, sin embargo, un chaval pecoso con un peinado afro de color rojizo no demasiado extremo. Le dije que cogiera el túnel.

—¿Hay un túnel? —me dijo.

La noche anterior, en el Astrodome, el grupo había salido a tocar sin mí. Azarian tenía una estatura enorme, pero en aquella primera noche nada podría haber mitigado el humor sombrío de la gente. Se volvieron contra la estructura en sí, destrozando todo lo que se podía destrozarse, intentando arrancar el césped artificial, atacando las tuberías mismas. Se abrieron las puertas y entró la policía, con caras inexpresivas, escondiendo el festín que tenían en mente detrás de unas miradas rigurosamente con-

---

troladas. Llevaron a cabo sus cargas patentadas, rompiendo brazos y piernas para impedir que se descontrolara la temperatura del evento. En una de las peores declaraciones públicas hechas nunca por nadie, mi mánager, Globke, se refirió a la operación policial como un ejemplo de minigenocidio.

—El túnel pasa por debajo del río. Es un túnel agradable, con las paredes de azulejos blancos y hombres metidos en cabinas de cristal que cuentan los coches que pasan. Un dos tres cuatro. Un dos tres.

Me interesaban los finales, cómo se sobrevive a una idea muerta. Lo que les esperaba a continuación a los heridos de Houston podía muy bien depender de lo que yo fuera capaz de aprender más allá de ciertos límites personales, en fin-landia, lejos de los trópicos de la fama.

---

## 2

Fui a la habitación de la calle Great Jones, un cuarto pequeño y de paredes torcidas, frío como un centavo, desde el cual se divisaba un paisaje de almacenes, camiones y escombros. En la cornisa de la ventana había nieve. Unos cuantos trapos y una camisa mía de volantes que no me gustaba estaban remetidos allí donde el marco de la ventana se había combado y dejaba entrar el aire frío. La nevera estaba desenchufada, llena de álbumes de música, cintas y revistas viejas. Fui al fregadero y abrí ambos grifos al máximo, obteniendo un hilillo intermitente de agua. Cuanto menos, mejor. Probé la radio y solamente encontré señal de AM en la parte alta del dial; de FM, nada. Luego me puse a afeitarme y me hice un corte bastante feo. Fue raro ver aparecer aquel largo pliegue de sangre en mi garganta, acumulándose a lo largo de la herida y luego empezando a fluir siguiendo un patrón irregular. El color no estaba mal. Al cuarto no le iría mal una mano de pintura de aquel color. Me tapé el corte con papel higiénico y traté sin éxito de dormir un rato. Luego me eché el abrigo de Opel sobre los hombros y salí a buscar comida.

---

La calle estaba oscura, volvía a nevar y había un hombre con abrigo largo plantado en el callejón que va de Lafayette a Broadway. Di la vuelta a una pila de contenedores de transporte marítimo. Los edificios de naves industriales que flanqueaban Great Jones se veían desproporcionados: unas estructuras anchas y la mitad de altas de lo que deberían haber sido, como si los privaran de luz las enormes cordilleras de rascacielos que se elevaban al norte y al sur. Encontré una tienda de comestibles a unas tres manzanas de distancia. Uno de los clientes le dio un codazo a la mujer que tenía al lado y señaló con la cabeza en mi dirección. Un silencio familiar se adueñó de la tienda. Yo cogí en brazos al gato castaño y pequeño del propietario y le dejé que se me enroscara sobre el pecho. El hombre que me había reconocido se me acercó de forma gradual, fingiendo que leía etiquetas por el camino, y por fin se colocó con sigilo a mi lado frente al mostrador, la viva imagen de un contable o un abogado tributario, irradiando su propia modalidad de esperpento, la de los hombres normales que llevan vidas normales.

Al volver me encontré a Globke con la mano metida en la taza del retrete.

—Se me han caído diez centavos dentro —dijo.

—El suelo no está muy limpio. Te vas a estropear los pantalones nuevos. ¿De qué son...? ¿De vinilo?

—De polivinilo.

—Y la camisa —le dije—. ¿Qué es esa camisa?

Se levantó del suelo con esfuerzo, luego metió barriga y se recolocó la ropa. Me siguió a la habitación principal, que no era exactamente una sala de estar porque en ella había una bañera y una nevera. Globke vivía en un dúplex de un bloque de pisos situado en las alturas del otro lado del Hudson. Su apartamento era una morada modé-



---

lica de muebles aerodinámicos y supergráficos, un desafío aparente a la indolencia cultivada de Riverside Drive. Su segunda mujer era joven, vaporosa, y estudiaba religiones orientales, mientras que la hija de su primer matrimonio tocaba el violonchelo.

—Esta camisa tiene su historia —dijo—. Esta camisa era parte de un paño bordado de altar. Plenamente consagrado. Hecho por monjas ciegas al pie del Himalaya.

—¿De qué color es? Nunca he visto una camisa exactamente de ese color.

—Vómito de llama —me dijo—. O eso me dijeron cuando la compré. Se rumorea que estás muerto, Bucky.

—¿Y tú te lo crees?

—He venido aquí expresamente para comunicarte, bromas aparte, que da igual qué intenciones tengas; estamos decididos a ayudarte con esto, sin importar el tema de los ingresos, las sumas y tal..., los ingresos brutos, ya sabes. Tus intenciones son lo primero.

—No tengo intenciones.

—Las cuestiones contractuales. Las fechas de estudio. Los compromisos de grabación. Los acuerdos de gira. Nos pondremos en marcha cuando tú lo digas. Hasta entonces nos quedaremos sentados con las piernas cruzadas. Qué carajo, un artista es un artista. Reservas. Entrevistas. Fiestas para la prensa. Fechas de publicación.

—¿Cómo has entrado aquí?

—No costaba mucho imaginar que estarías aquí. Yo lo sabía, vamos. En cuanto te seguimos la pista hasta Nueva York, supimos que estarías aquí. Pero mira qué demacrado estás. Pareces un fantasma. No tenía ni idea de que estabas así. ¿Quién lo sabía? No me lo había contado nadie.

—Pero ¿cómo has entrado? —le dije.

---

—He recogido la llave de camino del aeropuerto. Me he pasado los dos últimos días en Chicago. Primero me dicen que has desaparecido, de manera que hago todas las pesquisas de costumbre. Después me dicen que hay un disturbio en el Astrodome, de manera que hago todas las declaraciones públicas de costumbre. Luego he cogido un avión a Nueva York y he recogido la llave de camino aquí.

—¿Dónde has recogido la llave?

—En nuestras lujosas oficinas del mundialmente famoso Rockefeller Center.

—¿Y qué hacía la llave ahí?

—Transparanoia es propietaria de este edificio —dijo.

—No sabía que estuviéramos en el negocio inmobiliario. ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos o tres meses. De forma modesta. Estamos metidos de forma muy modesta. Lepp es un hombre muy cauteloso. Va comprando inmuebles aquí y allá. La mayoría relacionados con el negocio. Un antiguo salón de baile o teatro. Propiedades clausuradas. Nada grande.

—¿Y qué estamos haciendo con un edificio como éste?

—Lepp se queda fuera de mi esfera de influencia y yo no me meto en la de él. No puedo decir que me encante tu aspecto, Bucky. Eres una efigie macabra. Una película de terror hecha hombre. ¿Dónde está Opel?

—No lo sé.

—Pensé que estaría aquí. Con el tiempo que hace que no la veo me imagino que estará en ese apartamento tan raro que tiene chutándose Dios sabe qué clase de droga espantosa entre los dedos de los pies, que debe de ser el único sitio donde le queda piel.

—Hace tiempo que no la veo. Puede que esté en Marruecos o puede que no. Aunque puede que sí.

---

—¿Tienes planeado ir a ver si está?

—No me muevo de aquí —le dije.

—Es tu derecho y tu privilegio, Bucky, da igual que tengas o no una casa equipada con estudio de grabación en las montañas. Los primeros rumores de tu muerte han salido en el periódico de la tarde. Podría ponerles punto y final ahora mismo.

—No creo que pudieras. Pero, en cualquier caso, no te metas. Quiero ver cuánto duran.

—Lo que tú digas.

—No te he preguntado por tu mujer. ¿Cómo está tu mujer, cómo se llamaba, esa mujer tan encantadora que tienes?

—Mujer, compañera, amante —dijo Globke—. Es todo eso y más. Madre, hija, maestra, consejera, amiga. Pero os mantengo separados. Si no lo hiciera, karma sexual instantáneo. Tiene un alma hermosa pero no me fío de su cuerpo. Fíjate en lo que tiene ser viejo y gordo. Me vuelve mala persona.

—¿Y qué hace ella todo el día, abandonada en lo alto de ese acantilado?

—Se repanchinga a leer los *Upanishads*. Lleva los últimos tres años leyendo los *Upanishads* en edición de bolsillo. Está convencida de que toda la verdad está en Oriente, lo que ella llama el pétalo de todas las energías. El desapego la excita.

—¿Y la chica? —le digo.

—Sigue con el violonchelo. Gracias por preguntar. Quién habría pensado que mis genes podrían producir un talento clásico así. El año que viene la harán concertista. Con catorce años.

—¿Le dolerá?

—Atacas incluso las cosas más queridas para mí,

---

Bucky, pero yo te perdono porque sé que estás en el umbral de algo extraextraordinario o no estarías metido en este cuarto frío y oscuro lejos del mundanal ruido. ¿O me equivoco?

—Del todo.

—Por lo menos podrías darme las cintas de la montaña. Si me dieras las cintas de la montaña, por lo menos tendría algo con lo que jugar.

—¿Cómo está mi banda? —le dije.

—Los muchachos están confundidos. ¿Qué puedo decir? Los muchachos están confundidos, dolidos y desconsolados.

—Azarian no está desconsolado. Está al frente de todos haciendo sus contoneos de caderas.

—Con él todo está en la superficie. No le da ese nivel extra que le das tú. Creo que se van a separar.

—Todavía tardarán.

—¿Quién los necesita? —dijo él.

—Son valiosos como artefactos.

—Bucky Wunderlick. Eso es lo que la gente quiere. En carne y hueso.

—Tengo que descansar un rato.

—Me estás echando. Y bueno, ¿por qué no? Han sido veinticuatro horas cargadas de emociones y estás desesperado por dormir. Tiene lógica.

—Dile a Lepp que se deshaga de este edificio.

—Es un asunto de negocios —me dijo—. Diversificación, expansión, maximizar el potencial de crecimiento. Algún día entenderás esas cosas. Abrirás la mente a esas cosas. Algún día tendrás treinta años y tendrás que salir a la calle a ganarte la vida de forma honrada, ja, igual que el resto de nosotros.

—Nunca —dije yo.

---

—Ja, el prodigio eterno. Pero lo que me gustaría que hicieras, hablando del paso del tiempo, es que volvieras a escribir letras, letras de verdad, como las que solías escribir y cantar. Eso asombraría y deleitaría al mundo entero, Bucky. Un retorno sorprendente a quien eras antes.

—¿Cuándo te marchas, Glob?

—Me echa delante de mis narices. Un desprecio espontáneo. Es famoso por esta clase de cosas, pero yo me quedo aquí y lo acepto porque hemos tenido veinticuatro horas cargadas de emociones y porque él es una estrella del firmamento, mientras que yo no soy más que su mánager personal que lo sacó de debajo de la lluvia cuando él era un chaval esmirriado y lo convirtió en lo que es hoy, un chaval todavía más esmirriado. Pero para que no creas que no aprecio las cosas que has estado haciendo en los últimos tiempos, con o sin letras normales, quiero que sepas que hace una semana estaba perdido en medio del enorme sur y sintonicé la HBQ de Memphis con la radio del coche y estaban poniendo *Pipimomo*, las dos caras, sin cortar para poner anuncios. No es que sea tan inusual. Simplemente quiero que sepas que no soy todo venta al por mayor. Sintonizo con tu sonido. No es mi sonido. No es el sonido que quiero que haga mi hija. Pero es un sonido válido y sintonizo con él.

—Recuerdos a todos —le dije.

Me quedé mirando cómo se alejaba por la estrecha escalera, con su anchura prodigiosa, meciendo las ancas con ese estilo firme y eterno de las bestias de carga. Me lo imaginé al cabo de unos minutos, plantado en la calle Bowery, intentando parar un taxi que lo llevara hasta su coche, un vehículo personalizado que relucía en lo alto de la rampa circular de algún aparcamiento del Midtown. Globke estaba acostumbrado a ser impulsado balística-

---

mente entre los distintos nodos del comercio, de manera que su rudimentario descenso por aquellas escaleras resultaba un espectáculo agradablemente sereno, y hasta bíblico.

Puse el dial de la radio entre dos emisoras locales y capté el crepitar de una guitarra de delta blues que sonaba en la lejanía de la noche. Al cabo de un rato tomé algo de sopa y me fui a la cama, con el abrigo de Opel puesto. Sabía que haría calor donde ella estuviera, con toda probabilidad alguna ciudad atestada de una de aquellas tierras ancestrales que a ella le encantaban. Le gustaban los climas cálidos y las calles abarrotadas. Yo siempre me la imaginaba saliendo de hoteles en tierras ancestrales y buscando con la mirada algún indicio de calle atestada. Le gustaba ver escupir a los árabes y la entretenían los equivalentes despliegues locales en países no islámicos. El padre de Opel era un americano con estudios, presidente de un pequeño banco tejano, miembro del consejo de una empresa de servicios y socio de un concesionario de venta de automóviles. Ella había huido de todo aquello para llevar una vida de rock and roll. Quería ser cantante solista de una banda de rock cocainómana, pero estaba dispuesta a conformarse con tocar la pandereta en las fiestas de los estudios de grabación. Tenía una mente excepcional, pero prefería pasar por alto este hecho. Lo único que deseaba era la electricidad desatada de aquel sonido. Hacerlo con los hombres que lo hacían. No parar nunca. Olvidarse de todo. *Ser* el sonido. Era la única corriente que seguía. Quería existir igual que existe la música, en ninguna parte, más allá de los mapas del lenguaje. Opel conocía a casi todas las figuras importantes de la industria musical, de la cultura y de las distintas subculturas. Pero no tenía talento como intérprete, ni el más mínimo, de

---

manera que se limitaba a flotar en las estelas de los motores ajenos, de una banda a la siguiente, manteniendo vivas las fiebres de su amor, aquel sonido que lo aplastaba todo, hasta que nos conocimos en México, en la cama de la hermana de no sé quién, donde la minúscula sorpresa de su nombre, repicando como un guijarro sobre metal, le dio una conclusión adecuada a la incoherencia de nuestra noche, la primera de todas las que vendrían, transacciones de turismo recíproco.

Era hermosa de una forma neutral, sin emitir luz alguna, y se definía a sí misma en términos de atrición, una criatura flaca, casi rubia, ya completamente echada a perder por los ritmos brutales de su vida, una mujer del sudoeste, difícil tanto de recordar como de olvidar. Se iba de gira con la banda y vivíamos los dos juntos en casas, hoteles y apartamentos, Bucky y Opel, casi nunca desprovistos de séquito, con las camas atiborradas de escombros andróginos. Jamás ha habido un momento entre nosotros que no mostrara la medida de nuestra conexión verdadera. Ir más duro, tomar más y morir el primero. Pero antes de que pudiera suceder, Opel inició sus viajes a tierras ancestrales.